

El sollozo de Africa

PEDRO FERNAUD

Asólo quince kilómetros de Europa, Africa es el continente más ignorado de nuestro planeta, el territorio más abierto al expolio, la cuenta corriente de que se nutren los bolsillos y las malas conciencias del mundo desarrollado. A pesar de que es la patria originaria de nuestra especie, donde se han desenterrado los restos del primer homínido, Africa sigue esperando un trato de respeto que no llega nunca. Allí viven seiscientos millones de personas capaces de seguir exis-

tiendo y creando en el límite de la supervivencia. Africa sufre, grita, llora, se desangra, agoniza.

Es el llanto de Africa, la nueva llamada de Africa. Ya no es una llamada mágica de atracción hacia sus horizontes abiertos, sino una llamada de atención moral hacia sus desdichas.

No podemos permanecer indiferentes ante la turbadora enormidad de lo que acontece en el corazón desgarrado de Africa. Esas tragedias han ocurrido antes en Etiopía, en Somalia, en Sudán, en Biafra, ahora

en Ruanda y seguirán en el porvenir (atención a la guerra olvidada de Angola) si no ponemos remedio. Ya no tiene para nosotros validez moral el Africa gloriosa de los primeros exploradores, o de las cacerías de Hemingway, o el paradigma romántico y hermoso de las «Memorias de Africa» de la Dinessen. Lo que llega a nuestra sensibilidad —y la hiere— es el Africa del poscolonialismo, de las hambrunas y de las corrupciones, de la carrera armamentista y las dictaduras despóticas.

Del Oriente al Occidente

Narcos y nécoras y jueces

JOSÉ SUÁREZ ARIAS-CACHERO



La sentencia de la Audiencia Nacional sobre el llamado «caso Nécora» absolviendo a un tercio de los acusados y condenando con penas leves al resto de los presuntos narcotraficantes ha escandalizado a sectores importantes de la sociedad.

A esta alboroto no fueron ajenas las declaraciones demagógicas e irresponsables de muchos dirigentes políticos —entre ellos el propio Felipe González— y la actitud sensacionalista de bastantes medios de comunicación, recriminando a los jueces su mano blanda con los capos de la droga.

Pero los responsables de la situación no son los magistrados que dictaron la sentencia, sino precisamente algunos de los que hipócritamente se llevaron las manos a la cabeza. Por ejemplo, el Gobierno, de quien depende la Policía, y por cuya actuación chapucera se invalidaron pruebas claves del proceso. O, por

ejemplo, el Parlamento, en cuyo seno están representados todos los partidos y que es incapaz de legislar de acuerdo a los nuevos tiempos y a los nuevos delitos, dejando los vacíos legales, a los que se acogen los defensores de los encausados en este tipo de operaciones. A estos dos problemas hay que añadir esta vez las deficiencias de la instrucción llevada a cabo por el juez Baltasar Garzón, mitificado en su día por la prensa, y de cuyo fracaso esperemos que salga fortalecida la imagen de los magistrados más discretos y más eficaces, que son los que realmente trabajan y resuelven.

He defendido en estas mismas páginas la legalización, como única salida al problema ocasionado por la producción, tráfico y consumo de drogas. Más allá de las razones médicas, sociales o filosóficas, hay una relacionada con los derechos civiles y las garantías ciudadanas: la batalla contra el narcotrá-

fico, trufada de demagogia y populismo, puede suponer una reducción objetiva de la libertad individual y un incremento del autoritarismo.

El juicio del «caso Nécora» es un ejemplo claro de ello, nadie está libre de convertirse cualquier día en sospechoso de haber cometido un delito. La condena no puede depender entonces de acusaciones incoherentes y poco fiables, como las de los arrepentidos, de pruebas obtenidas irregularmente por la Policía o del clamor popular contra la presunta plaga del fin de siglo.

Nuestra garantía como ciudadanos está en la existencia de jueces capaces de soportar todas las presiones y mantener los principios del Estado de derecho, incluso frente a la inmensa mayoría de la opinión pública. Ahí reside la grandeza de su función y el mérito de una sentencia como la del caso que nos ocupa.

Entre paréntesis

Nietzsche

LUIS MEANA

Un lobo —loco— se subió un día a una lejana colina: el siglo XIX. Y desde lo alto de ese promontorio le lanzó al mundo el más desgarrador y demoleedor de sus aullidos: «Nada es verdad, todo está permitido». Con ese grito rasgó definitivamente el velo del templo, ese velo imperceptible que nublaba nuestra retina y nos hacía ver siempre lo que queríamos: la epistemología, o el arte de construir ídolos y mentiras. Todavía no se había apagado el aullido cuando empezó a caer del cielo una lluvia de aforismos: miles de aforismos pulidos como diamantes y que, como bombas diminutas puestas sobre el mismo corazón del cerebro, explotaban, y, al explotar, lanzaban al aire las toneladas de escombros que aprisionan siempre al conocimiento. Lo había anunciado, premonitoriamente, él mismo: «Yo

no soy un hombre, soy dinamita». Con esa dinamita bajo el brazo, este «hombre de las curiosidades peligrosas» se introdujo —con la nariz tapada y el oído bien abierto— en ese pozo séptico invisible, impenetrable, ponzoñoso y denso: en nuestra conciencia, en el fondo de la Moral humana. Y lo que halló en esos «talleres en los que se fabrican los ideales» lo refirió así él mismo: «Aire fétido, aire fétido. Estos talleres donde se fabrican ideales tengo para mí que apestan de tanta mentira». De todo ese viaje subterráneo por los recovecos del alma humana, salimos con-

vertidos en «animales de alcantarilla» acostumbrados a la oscuridad, la mentira y el engaño. Y dominados por el instinto más fuerte, más cruel y más indomeñable: la voluntad de poder. Ayer, hace 150 años, nació en Alemania ese lobo estepario de los montes que vino a rasgar el velo del mundo: la «Genealogía de la Moral», bomba atómica que reventó la conciencia humana y trazó el más fiel autorretrato de nuestra existencia. Por decirlo así, Nietzsche es la caja de Pandora del conocimiento: arrebatadora por fuera, demoleadora por dentro. Pues con Nietzsche pasa exactamente lo mismo que, según Nietzsche, pasa con la felicidad: «Que Zeus quiso que el hombre, por

Nietzsche es la caja de Pandora del conocimiento

más que fuese atormentado por todas las desgracias, no pudiese fin a su vida, sino que la continuase, y que se dejase así atormentar una y otra vez siempre de

nuevo. Para eso le dio la esperanza: ella es, ciertamente, el peor de todos los males, porque es la que alarga la tortura de los seres humanos». Como la esperanza, Nietzsche es el regalo envenenado que nos hicieron unos dioses crueles para que, cuanto más crueles sean los descubrimientos que nos abre su conocimiento, más grande sea el entusiasmo por aumentar aún más ese conocimiento. O la droga arrebatadora del conocimiento llevada a su poder extremo. El «conócete a ti mismo» de Sócrates transformado ahora en el «tortúrate a ti mismo» de Nietzsche.

Las chaquetas y el cambio

ANTONIO GUERRA



Recojo por palabra interpuesta lo que Copete Copetillo, el tráfuga a la andaluza —con patente maña a lo Gomáriz— ha respondido a Alfonso Guerra sobre el cambio de chaqueta: «Algunos también se han cambiado la chaqueta de pana por la chaqueta de seda. Los guerristas viven de espaldas a la realidad de la gente. Quien me acusa, sabe la gente que se ha enriquecido, él y su familia. Mi familia es pobre, y lo conoce todo el mundo».

Ya se acabó la veda. Se ha abierto la caza del zorro plateado y la jauría de los perros delatores de piezas, al abrigo de la discreción, o el compromiso político, cruza el llano del secarral andaluz. Es la primera vez que un

socialista acusa públicamente a Alfonso Guerra del enriquecimiento de su hermano y, a lo que puede leerse, de él mismo. El asunto se agrava si quien hace esta acusación es vicepresidente de la Diputación, como es el caso del tráfuga Copete Copetillo.

De aquí en adelante, sólo falta que suba el tono de las acusaciones, que felipistas y guerristas vuelvan a enzarzarse sobre el cambio de chaqueta u otros modelos de la pasarela, para que el panorama andaluz —que es la clave del socialismo patrio— se emponzoñe aún más de la miseria humana con que a veces se viste la política. Mientras tanto, Andalucía sigue manteniendo el triste récord de ser la región europea de más paro, su agricul-

tura se arruina, crece la miseria, las tasas de analfabetismo son las más altas en el «ranking» de la ignorancia nacional, que tampoco es manca....

Si al menos esta guerra larvada y fraticida de felipistas y guerristas sirviera para que se eliminaran recíprocamente por fagocitosis, se aliviaría en buena parte el desencanto político que tiene asqueados a tantos españoles. Pero no caerá esa breva. Las encuestas vuelven a enderezarse a favor de Chaves y los suyos. Entre otras razones porque ese Javier Arenas que Aznar ha entronizado en el sur vuelve a hacer un monumento a la inutilidad: diez comidas en amor y buen provecho con IU y el PSOE, infinitas reuniones y declaraciones múltiples —todas

vacías de contenido, huertas— y el mocito Arenas no ha sabido sacar adelante por consenso el nombramiento de un nuevo director general para la televisión andaluza, hoy convertida en un reducto propagandístico del PSOE, que lleva costado 50.000 millones de pesetas a los andaluces en los últimos cuatro años. Por el contrario, Arenas ha puesto en el consejo de Canal Sur (TV y radio andaluzas) a un antiguo simpatizante de Blas Piñar, con la desagradable sorpresa de todos los que veíamos con simpatía la evolución de los populares hacia la democracia.

No sé que habremos hecho andaluces y españoles para padecer esta clase política. Pero nadie se llame a andana ni se raje las vestiduras ante los

recientes triunfos electorales de la ultraderecha en Austria y Bélgica. Ya lo dijo Stengler, las raíces de todos los fascismos está en el pesimismo. Y el desencanto, el hastío que empieza a cubrir España como una losa, puede ser el mejor caldo de cultivo para seguir la senda de austriacos y belgas. Ynestrillas espera agazapado la ocasión. Es inútil esperar que felipistas y guerristas se exterminen entre sí, que Herrero de Miñón triunfe sobre los cuadros del PP, Sartorius sobre Anguita o Roca sobre Pujol. Jamás lo harán, porque en ello les va la propia vida. A los políticos los tiene que poner fuera de circulación el pueblo soberano con su voto. Y no parece que eso sea fácil en este país, Miquelarena.